

# El testimonio de Karol Wojtyła

Eduardo Ortiz Llueca

*Universidad Católica San Vicente Mártir*

Rafael Fayos Febrer

*Universidad CEU Cardenal Herrera*

*«Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas y que las ha escrito, y nosotros sabemos que su testimonio es verdadero» (Jn 21, 24).*

Un testimonio es la declaración o aseveración de algo por parte de alguien ante otro. Hay tres elementos involucrados en esta significativa relación interpersonal: el mensaje que se comunica, la persona que lo asevera y el individuo o comunidad que lo recibe.

Pero el testimonio suele evocar un contexto de disputa entre distintas interpretaciones de un hecho. Es lo que tiene lugar en el marco de un proceso jurídico, en el que un testigo aporta algún hecho desconocido hasta entonces y siempre en cualquier caso su perspectiva singular –su interpretación– sobre lo acaecido.

La atención al papel de los testimonios en el ámbito jurídico ayuda a no pasar por alto que los hechos y las interpretaciones de los mismos están ineludiblemente mezclados en nuestras vidas. En el testimonio suele estar presente un elemento descriptivo y otro valorativo de naturaleza individual, lo que descubre que acercarse a la realidad, y especialmente a la realidad personal, de un modo neutral, descomprometido (¡hechos solamente, sin valores!) es una actitud que no puede mantenerse más que de modo intermitente.

A esto último hay que añadir que todo testimonio implica, de entre las diferentes interpretaciones que hay de un hecho, la decidida preferencia por una de ellas. Así detiene el testimonio de

un modo no abrupto, sino adaptado a las personas, la cadena de interpretaciones que de otro modo podría no tener fin<sup>1</sup>.

Dando por sentado que el testimonio comunica hechos y una interpretación de los mismos, detengámonos ahora en la decisiva fiabilidad del testigo. Hay un vínculo entre el testimonio y la confianza<sup>2</sup>. Quien asume un mensaje por parte de un testigo, *crea que* lo comunicado es verdadero y *crea en* el testigo<sup>3</sup>. De manera que la conexión estrecha entre la verdad del mensaje y la veracidad de quien lo comunica, hace que nos encontremos en el caso del testimonio ante una figura epistemológica única. El que cree da por verdadero lo recibido apoyándose en el testigo<sup>4</sup>, lo cual nos lleva a preguntarnos si por ello la verdad de lo testimoniado sea de una calidad inferior. Ni mucho menos.

Es cierto que, por ejemplo, Aristóteles estudia el testimonio en su *Retórica*, en la parte dedicada a las pruebas empleadas para persuadir en el proceso deliberativo, en el contexto jurídico y en

1. «Una hermenéutica sin testimonio está condenada a la regresión infinita, en un perspectivismo sin principio ni fin», RICOEUR, P., «L'herméneutique du témoignage», en E. CASTELLI (a cura di), *La Testimonianza. Atti del convegno indetto dal Centro internazionale di studi umanistici e dall'Istituto di studi filosofici. Roma, 5-11 gennaio 1972*, Istituto di Studi Filosofici, Roma, 1972, p. 54.

2. JONES, K., «Second-Hand Moral Knowledge», *Journal of Philosophy* 96 (1999), p. 55-78.

3. A este segundo tipo de creencia se la ha llamado *atestación*, una creencia peculiar, no doxástica. Ver RICOEUR, P., *Sí mismo como otro*, trad. A. NEIRA CALVO, Siglo XXI, Madrid, 1996, pp. XXXIV-XXXV.

4. Si preguntáramos a un creyente «(...) qué es lo que propiamente cree, no tendría que mencionar demasiadas cosas en detalle referentes al contenido de su fe, sino, en el caso de que quisiera ser absolutamente preciso, tendría que señalar hacia la persona que le garantiza esas verdades y responde: creo lo dicho por ése. Con ello habría designado el rasgo común y decisivo de todos los contenidos que, en detalle, son creídos por él; habría señalado lo que mueve a tenerlos a todos por verdaderos; habría dado la razón por la cual acepta cada cosa como verdad». PIEPER, J., *Virtudes fundamentales*, Rialp, Madrid, 2003, p. 313.

el género de los elogios o censuras. Estamos en la esfera de lo probable y no de la ciencia demostrativa. Es el ámbito de las verdades que la mayoría de los hombres recibe y puede siempre rechazar. Pero eso no resta un ápice de verdad al testimonio, cuando este es un verdadero y no falso<sup>5</sup>.

El filósofo francés Paul Ricoeur estima que hay dos ejes en torno a los cuales se articulan las más significativas reflexiones filosóficas contemporáneas sobre el testimonio: la Altura o asimetría entre el testigo que da testimonio y el que lo recibe; y la Exterioridad o distancia que hay entre ambos personajes<sup>6</sup>.

En el caso de Karol Wojtyła, dado que su testimonio es de una verdad que viene de lejos y está disponible en principio para todos, puede salvarse el desnivel de la Altura. La respuesta que aquella verdad merece es el «¡Heme aquí!» (*Is* 6, 8) del profeta<sup>7</sup>. Es la verdad que está en el origen de todas las cosas; es el Dios que crea y asiste a lo creado. Quien hace esto posible, quien salva aquel hiato entre quien testimonia y quien acoge el testimonio, es el Dios hecho hombre, Jesucristo, «*el Camino, la Verdad y la Vida*» (*Jn* 14, 6), restaurador a través de Su Espíritu del hombre, a quien llega a proponer una relación especial, una relación de amistad. En efecto,

5. De hecho, «al menos sobre el carácter [el testimonio] servirá para probar la honradez de uno mismo o la maldad del contrario», ARISTÓTELES, *Retórica*, 1376a29.

6. RICOEUR, P. «Emmanuel Lévinas, penseur du témoignage», en Id. *Lectures 3. Aux frontières de la philosophie*, Seuil, Paris, 1994, pp. 83-105.

7. «“Heme aquí” como testimonio del Infinito, pero como testimonio que no tematiza aquello de lo que testimonia y cuya verdad no es la propia de la representación». LEVINAS, E., *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*, trad. A. PINTOR RAMOS, Sígueme, Salamanca, 3ª edición, 1999, 223. También, LEVINAS, E., «Vérité du dévoilement et vérité du témoignage», en E. CASTELLI (a cura di), *La Testimonianza. Atti del convegno indetto dal Centro internazionale di studi umanistici e dall'Istituto di studi filosofici*, op. cit., p. 109.

«¿qué significa “ser testigo”? ¿qué quiere decir “dar testimonio”? Significa unirse a Cristo para llegar en Él y por Él a “ver al Padre” (Jn 14, 9). Pero, al mismo tiempo, “ser testigo” y “dar testimonio” significan “descifrar en Cristo el misterio del hombre”, es decir, lo que significa “ser persona”. Reconocer en Él **el significado y el sentido de la propia humanidad**, “recibir de Él” bajo la acción del Espíritu de la Verdad, que recibe sin cesar a su vez de Él (cf. Jn 16, 13-15). En efecto, Cristo en su humanidad única e irrepetible es un don para toda persona. No solo es un “espejo” en el que el hombre consigue ver su humanidad divinizada, sino que es incluso **un don que diviniza la humanidad de todo aquel que lo recibe**. De esta forma, por obra del Espíritu Santo llegamos a ser “hijos en el Hijo”<sup>8</sup>.

Dar testimonio de este Testigo, «*el Testigo fiel y veraz*» (Ap 3, 14), consigue asimismo que se reduzca la distancia (Exterioridad) que hay entre quien da testimonio y quien lo acoge. De nuevo queda claro que la verdad no es patrimonio de uno u otro testigo. Lo que hace que nos lleguemos a plantear esta pregunta: ¿no se trata aquí en realidad del auténtico sentido, incluso –si puede hablarse así– del exceso de sentido?

Reconocerlo permitiría solucionar la paradoja del testimonio, que apunta a la dificultad de anclar el absoluto universal (lo testimoniado en este caso) en un punto particular de la historia (la persona del testigo). El Dios encarnado descubre la solución. Luego, a partir de Él, se forma una cadena de testigos que dan noticia de ella e invitan a revivirla. Ellos son mediadores, incluso intercesores.<sup>9</sup>

8. WOJTYŁA, K., *Trece catequesis inéditas. Sobre el discurso de Pablo en el Areópago*, trad. J. D. Albeza Asencio, BAC, Madrid, 2020, p. 119.

9. MARCEL, G., «Note sur l’attestation créatrice dans mon oeuvre», en E. CASTELLI (a cura di), *La Testimonianza. Atti del convegno indetto dal Centro internazionale di studi umanistici e dall’Istituto di studi filosofici*. op. cit., p. 534.

Sin duda, Karol Wojtyła es uno de ellos. Por un lado, la rica complejidad de la verdad –su carácter sinfónico– se adivina en su impresionante testimonio. Este muestra un trato exquisito del lenguaje (K. Wojtyła-Juan Pablo II, artesano de la Palabra), aportaciones a la reflexión filosófica contemporánea (K. Wojtyła-Juan Pablo II, pensador), un hondo escrutinio de la condición humana a la luz de su relación con Dios Creador y Redentor (K. Wojtyła-Juan Pablo II, profeta) y también un inaudito trabajo de tan vasto alcance a la cabeza de la comunidad cristiana (K. Wojtyła-Juan Pablo II, pastor).

¿Cómo dejar de lado en el caso que nos ocupa la implicación del testigo en el lado más expuesto de lo testimoniado? Cada vez se conocen más detalles del riesgo que asumió este testigo excepcional: su participación en la reivindicación de la cultura polaca y su formación para el sacerdocio bajo la invasión nazi, su trabajo como profesor y su misión como pastor en medio de la vigilancia y el acoso calculado de parte del régimen comunista, el atentado que padeció como Papa en la misma Plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981<sup>10</sup>, las imágenes distorsionadas que algunos medios

«Tal vez la figura de Cristo nos parece a veces demasiado elevada y demasiado grande como para atrevernos a adoptarla como criterio de medida para nosotros. El Señor lo sabe. Por eso nos ha proporcionado “traducciones” con niveles de grandeza más accesibles y más cercanos. Precisamente por esta razón, Pablo decía sin timidez a sus comunidades: imítadme a mí, pero yo pertenezco a Cristo. Él era para sus fieles una “traducción” del estilo de vida de Cristo, que ellos podían ver y a la cual se podían asociar. Desde Pablo, y a lo largo de la historia, se nos han dado continuamente estas “traducciones” del camino de Jesús en figuras vivas de la historia». BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa Crismal*, Basílica Vaticana, 5 abril 2012.

10. Rocco Buttiglione, colaborador del Papa, expresó en los siguientes términos...: «Para Juan Pablo, el ideal es el mártir, el testigo, una vida acorde con la verdad. Así es como él entiende su servicio al pontificado. Esto es lo que él expresó en su poema “Stanislaw”: “*la palabra no convirtió, la sangre convertirá*”. El

de comunicación difundían de su Magisterio... Y, por último, el empeño en seguir testimoniando la luz del Testigo fiel (*Ap* 1, 5), en medio del deterioro en que le sumía progresivamente la enfermedad hasta su viaje definitivo a “la casa del Padre” el 2 de abril de 2005<sup>11</sup>.

Bien entendida, la reivindicación del testimonio no es una invitación al paternalismo de quien testimonia ni al mimetismo de quien acepta a este testigo y lo que testimonia. En efecto, la acogida plena del Testigo por excelencia y de los testimonios de algunos testigos tan excepcionales como el de Karol Wojtyła, ha de tener lugar *en primera persona*.

Una recepción así se manifiesta en la reflexión de cada uno de quienes contribuyen a la obra que presentamos, cuyo origen se encuentra en el Congreso que la Universidad CEU Cardenal Herrera y la Universidad Católica de Valencia «San Vicente Mártir» dedicamos a hacernos eco del testimonio de Karol Wojtyła los días 14 y 15 de diciembre de 2020.

Así, en «La belleza de la castidad según Juan Pablo II», muestra **Oana Gotia** cómo, lejos de ser un freno al amor y a la condición sexuada de las personas humanas, la castidad es lo que permite el desarrollo genuino del primero y de la segunda. La sola dimensión impulsiva o ascendente del amor (*eros*) no basta para ese despliegue, porque la naturaleza humana es compleja, rica, pero también herida.

modelo de Jesucristo fue ser testigo de la verdad, pero no a través de la sangre de los agresores o los pecadores, sino a través de su propia sangre». (Entrevista de G. WEIGEL con R. BUTTIGLIONE, 21 enero 1997). «Esta convicción es la base del método de liderazgo de Juan Pablo II a través del testimonio y la persuasión», WEIGEL, G., *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de esperanza*, trad. P. Antón, J. Homedes y E. Heredia, Plaza & Janés, Barcelona, 1999, p. 1140.

11. WEIGEL, G., *Juan Pablo II. El final y el principio*, trad. E. Muñiz, E. Fondevilla y O. Muñiz, Planeta, Barcelona, 2011, pp. 377-385.

Más que una alternativa, la asistencia del *ethos* de la castidad al *eros* es una necesidad. Y *ethos* no es norma o deber sin más, ni tampoco solamente empeño de la voluntad humana, sino en primer lugar asistencia divina, don de Dios que a través de Jesucristo se ha comprometido para siempre con el hombre y lo ayuda como nadie puede hacerlo cuando este lo requiere. Así, la sinergia ‘don divino-acción humana’ es el marco en el que la riqueza y la belleza del amor conyugal y virginal resplandecen.

Por su parte, la profesora **Pilar Ferrer** aborda en su trabajo «Karol Wojtyła-Juan Pablo II poeta. La fascinación de un poeta por la verdad», la unidad que presenta la obra de Wojtyła en sus facetas artística, filosófica y teológica. Estas tres vertientes a partir de las cuales se acerca nuestro autor a la persona, nacen siempre –y en esto se insiste en el escrito– de una mirada unitaria, de tal modo que cada una de ellas remite constantemente a las otras. Desde este presupuesto la profesora Pilar Ferrer desarrolla un amplio texto donde en un inicio evoca desde la perspectiva biográfica el interés de Wojtyła por la literatura, poesía y teatro, la importancia de sus estudios de filología que le prepararon para la filosofía, su participación en el teatro rapsódico, etc. En un segundo momento analiza el contenido de su obra poética y teatral, deteniéndose en obras como *Esplendor de la paternidad*, *El taller del orfebre*, etc., en el caso del teatro, y el *Tríptico Romano* en el caso de la poesía.

A continuación, la Dra. Ferrer defiende que no sólo en la poesía y en el teatro se encuentran las raíces de su filosofía, sino que también la figura de San Juan de la Cruz ejerce un papel fundamental en la obra de Wojtyła. Así, su tesis doctoral acerca de *La doctrina de la fe en San Juan de la Cruz* es clave para entender el desarrollo de su pensamiento filosófico posterior. La profesora Pilar Ferrer recuerda al respecto la influencia de Jan Tyranowski en la temprana juventud de Wojtyła como también los solventes

estudios de autores tales como Rocco Butiglione, Pérez López, Jarosław Kupczak, Jan Galarowicz, entre otros. Algunos de estos estudiosos apuntan, por ejemplo, a la importancia de la experiencia en San Juan de la Cruz como categoría para mediar en el diálogo que mantendrá Wojtyła, en el ámbito ya de la filosofía, con el personalismo scheleriano.

En el marco de la epistemología moderna y aludiendo a cómo ésta se configura a partir del pensamiento de Descartes, el profesor **Jarosław Merecki** desarrolla su escrito (“Subjetividad y trascendencia. La comprensión y el papel de la conciencia en la filosofía de Karol Wojtyła y en la teología del cuerpo de Juan Pablo II”) intentando responder al interrogante de cómo llega el hombre a ser no sólo consciente sino también autoconsciente.

En la respuesta a esta cuestión mucho tiene que ver el papel que la fenomenología juega en la filosofía de Wojtyła, el cual se distancia del idealismo de Husserl para acercarse a la fenomenología realista de Scheler. La trascendencia es el punto de partida del profesor Merecki en su escrito. Recuerda de la mano de Wojtyła que «La trascendencia es otro nombre para la persona». En el momento en que el hombre conoce, es decir, se trasciende y sale de sí mismo al encuentro de la realidad, se da una conciencia del objeto conocido y una autoconciencia del sujeto que conoce. Sale de sí mismo de dos modos: al conocer el objeto y al conocerse en el acto de conocimiento del objeto. Así, la persona, al conocer la realidad no sólo toma conciencia del objeto sino también de sí misma al conocer que conoce. Esto es lo que convierte al hombre en un sujeto frente a un objeto, lo que Plessner denomina «posición excéntrica» del hombre y lo que según Juan Pablo II sucede en lo que él denomina la soledad original: «en la conciencia de sí mismo que acompaña al conocimiento de cualquier cosa el hombre se despierta como persona». De este modo, el hombre en cuanto persona tiene dos horizontes en su conocer, el del mundo en cuanto objeto

al que se abre metafísicamente, y contemporáneamente y en el mismo acto, el de sí mismo en cuanto sujeto que conoce.

Esto implica, según Merecki, algo muy importante, el momento de verdad. La persona en cuanto sujeto, es decir, conocedora del mundo y de sí misma conociendo, es capaz de verdad, es capaz de juzgar el valor de su conocer frente a la realidad conocida. Es decir, ese conocer el mundo, exige a la persona en cuanto sujeto, un reconocer lo que es la realidad. Este es el papel que le reclama a la conciencia Wojtyła, es decir, la conciencia es un espejo que refleja imágenes que trascienden al mismo espejo. Es aquí donde, a juicio de Merecki, nuestro autor supera el idealismo trascendental. La conciencia tiene aquí un papel reflexivo, no constituye el acto del conocimiento, como querría el idealismo, sino que lo acompaña, lo interioriza, «hace que el sujeto lo viva como propio». En fin, se podría decir que el profesor Merecki logra unir uno de los puntos más importantes de la obra de *Persona y acto* con un elemento nodal de las catequesis del cuerpo, esto es, la soledad originaria.

El trabajo de **Grzegorz Holub** muestra cómo el personalismo, más allá de una escuela de pensamiento, es una manera de considerar al ser humano de la que no deberíamos privarnos en ningún caso. La filosofía de Wojtyła es un auxilio de primer orden en esta empresa. Así, por ejemplo, gracias a no pasar por alto la interioridad y la espiritualidad de la persona, Wojtyła da cuenta acertadamente de la diferencia entre personas y cosas o personas y animales. Además, su justificado énfasis en el estatuto único e irrepetible de cada persona le impide considerar a ésta como mero individuo de una especie determinada. Nada de esto es de recibo en un ambiente filosófico como el contemporáneo, tan marcado por el naturalismo.

Por cierto, que el contacto que la persona, sujeto corpóreo y espiritual, mantiene con el mundo, es de un tipo especial. Las per-

sonas percibimos y conocemos y, a la vez, evaluamos o valoramos. Revisamos cada episodio cognoscitivo y volitivo desde la perspectiva de la verdad, el valor y el bien. Para el reconocido pensador polaco, tener experiencia de estos últimos no significa que sean proyecciones nuestras.

Donde quizá haya contemporáneamente más consenso entre las escuelas, es en aceptar que el mundo de la conducta humana manifiesta la complejidad de la persona. Los ricos análisis de Wojtyła al respecto atienden tanto a la parte activa como a la parte pasiva de nuestra agencia (operatividad y eficacia). Pero no olvidan el efecto transitivo e intransitivo de nuestras acciones ni tampoco que a través de ellas nos desarrollamos o nos degradamos. A fin de que ese desarrollo tenga lugar, hay que respetar la norma personalista, la cual

«en su contenido negativo, constata que la persona es un bien que no concuerda con la utilización, puesto que no puede ser tratado como un objeto de placer y, por lo tanto, como un medio. Paralelamente se revela su contenido positivo: la persona es un bien tal que solo el amor puede dictar la actitud apropiada y válida respecto de ella»<sup>12</sup>.

El profesor **Juan Manuel Burgos** afronta en su escrito «La epistemología de Karol Wojtyła: experiencia y comprensión», la teoría del conocimiento que encontramos en *Persona y acción*. Efectivamente, como recuerda el autor, la principal obra antropológica de Wojtyła, inicia con unas consideraciones epistemológicas en relación al conocimiento que la persona tiene sobre sí mismo y la realidad. Es algo que, según Burgos no deja de ser sorprendente: «el hecho es paradójico. El lector puede hacer memoria e intentar

12. WOJTYŁA, K., *Amor y responsabilidad*, trad. J. González y D. Szmidt, Palabra, Madrid, 2015, 5ª edición, 51.

recordar cuántos, de los libros de antropología que haya leído, comienzan con una reflexión epistemológica».

En esta teoría del conocimiento la categoría central es la “experiencia” y a desentrañar su significado le dedica el profesor Burgos todo un epígrafe. La experiencia es la vivencia de carácter cognoscitivo que el hombre tiene de sí mismo. En ella podemos distinguir la experiencia del yo y la experiencia del hombre, es decir, la experiencia que el hombre obtiene de sí mismo a partir de su propio conocimiento y la que obtiene por el conocimiento del resto de los hombres. La primera es incommunicable al ser interna, la segunda al ser externa es susceptible de comunicación.

Tras las explicaciones sobre la experiencia, Juan Manuel Burgos se centra en lo que considera el segundo paso dentro del método propio y personalista del Wojtyła: la comprensión. Esta supone «una cierta unificación significativa de los objetos experimentales “en su especie” a través de oportunas clasificaciones y distinciones mentales». La comprensión supone varias fases como la inducción y la reducción, en las que el profesor Burgos se detiene.

Pero quizás lo más interesante de este trabajo no reside en la exposición de conceptos que acabamos de mentar, sino en el énfasis que pone el autor en probar la originalidad de la epistemología de Wojtyła al compararla con el empirismo y con Kant, con la fenomenología y finalmente con el tomismo. Termina sus consideraciones el profesor Burgos subrayando la solidez y consistencia de la propuesta epistemológica de Wojtyła como también indicando los límites de la misma.

Cuerpo y corazón, advierte **José Granados**, es el nuevo dualismo que ha sustituido al de cuerpo y alma o al más reciente de cuerpo y mente. Sin embargo, tenemos necesidad de aquellas dos palabras del vocabulario básico de nuestra autocomprensión, de nuestra antropología.

Para escapar del todo de las versiones dualistas que no saben integrar cuerpo y corazón, hace falta la presencia del Espíritu que Dios derrama en los corazones (*Rom 5, 5*). Él descubre los auténticos significados del cuerpo (oído). Además, mediante la luz del amor genuino, permite el esclarecimiento acerca de qué es realmente el cuerpo (vista). Asimismo, abre y sostiene la experiencia del origen tenida en la unión en una carne de varón y mujer (tacto, gusto) y, por último, hace permeable el cuerpo al viento del mismo Espíritu (olfato). El corazón es el centro del cuerpo y la atalaya desde la que este aparece como espacio de recepción, de inicio del proceso del conocimiento (sentidos, afectos) y de las relaciones con Dios, con los demás, con el mundo.

José Granados concluye su más que sugerente aportación recordando que Dios es precisamente el Gran Corazón<sup>13</sup>, fundamento y origen de todo bien, fuente que sana y hace latir el corazón del hombre de un modo tal que atienda a los ritmos propios del cuerpo y de cada uno de nuestros sentidos.

El profesor **Juan de Dios Larrú** presenta la ética y la teología moral de Karol Wojtyła al hilo de su biografía. La pasión por el hombre<sup>14</sup> es el hilo conductor que le llevó al teatro y a la poesía y, a partir de su entrada al Seminario, a la filosofía y a la teología. El estudio que realizó sobre la fe según San Juan de la Cruz, culmina en su tesis doctoral de teología en 1948. Este trabajo tuvo lugar en un centro universitario de los Padres Dominicos; la influencia de Santo Tomás de Aquino se dejó sentir desde entonces en la obra de Karol Wojtyła-Juan Pablo II.

13. WOJTYŁA, K., *Signo de contradicción*, trad. V. M. Fernández Hernández, BAC, Madrid, 5ª edición, 2003, 29.

14. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, trad. P. A. Urbina, Plaza & Janes, Barcelona, 1994, 197.

El diálogo con la fenomenología de Max Scheler desde la perspectiva de la ética cristiana quedó recogido en la tesis de habilitación para incorporarse como profesor en la Universidad de Cracovia en 1953. Pero será en la Universidad Católica de Lublin donde Wojtyła explique sus lecciones de historia de la ética a lo largo de los años 1954 a 1957. Desde ese año la referida pasión por el hombre le lleva a pensar a fondo la antropología y la ética de la diferencia sexual. Ahí está su libro *Amor y responsabilidad* (1960), al que acompaña la obra de teatro *El taller del orfebre*.

Por su parte, *Persona y acción* (1969) suministra la fundamentación personalista requerida a sus investigaciones sobre estos temas. Frente a los devaneos del idealismo y a las estrecheces del empirismo, Wojtyła se centra en la acción como escenario en el que la persona muestra su integración de las dimensiones de su naturaleza, la trascendencia hacia los valores y hacia la verdad de que es capaz al igual que su capacidad de autodeterminación. El ingrediente relacional del ser persona queda recogido en la parte final de *Persona y acción* y en *El hombre y su responsabilidad*, unos apuntes escritos en 1972 para una obra en colaboración<sup>15</sup>.

Para hacerse cargo de la contribución a la reflexión ética de parte de Karol Wojtyła, hay que tener presente también la encíclica sobre el esplendor de la verdad (1993). Allí encuentra uno la reafirmación de la tradición clásica de los absolutos morales a partir del reconocimiento de Jesucristo como fundamento de la moral, junto con la reivindicación de la ley moral natural. Todo ello supone el justificado rechazo de la errónea concepción de la conciencia como creadora, y no como portavoz, de las normas morales. Las páginas dedicadas en este documento del Magisterio de la Iglesia

15. Publicados entre nosotros en WOJTYŁA, K., *El hombre y su destino*, trad. P. Ferrer, Palabra, Madrid, 1998, 219-295.

Católica al objeto moral merecen ser tenidas en cuenta sin duda por quien quiera comprender la acción humana en su núcleo<sup>16</sup>.

Pero la pasión por el hombre y por la verdad sobre el hombre de Karol Wojtyła gozan de un respaldo definitivo debido al rasgo martirial que atraviesa su vida: el atentado que sufrió el 13 de mayo de 1981, sus posteriores dolencias, su progresivo deterioro y su decisión de no hurtarlo a la mirada de la humanidad. Bien puede afirmarse que su aportación a la ética incluyó una respuesta luminosa al problema del dolor y el sufrimiento y a la cuestión del mal desde su experiencia única de la fe cristiana.

La enfermedad del hombre de hoy, al que ideologías de uno y otro signo han dejado maltrecho e incluso «medio muerto» (*Lc* 10, 30), viene identificada en el trabajo de **José Noriega**, «La medida del hombre en Juan Pablo II: fragilidad y redención».

Solamente el reconocimiento de lo grave de la dolencia abre la puerta a experimentar el poder curativo de Jesucristo (el Buen Samaritano), que aplica el remedio del vino purificador, del aceite regenerador y de las vendas que sostienen los tejidos perjudicados. Luego lleva al enfermo a la Iglesia (la posada), donde el Espíritu Santo (el mesonero) lo vincula al Cuerpo de Cristo y a su red de relaciones a través de los sacramentos. Allí va siendo capacitado el hombre a descubrir y asumir cada vez más el plan originario de Dios Padre sobre él, hasta el punto de desearlo más que ninguna otra cosa.

Por último, un repaso a los grandes temas de la vida y obra de Karol Wojtyła se encuentra en el escrito de **Juan José Pérez Soba**. La revelación de la persona en el amor y la necesidad de la redención de su corazón, el reconocimiento de la verdad del amor, la hermenéutica del don advertida ya en la dimensión corpórea de la persona humana (remedio del neognosticismo y del

16. Carta encíclica *Veritatis splendor*, 6 agosto 1993, n. 78-82.

neopelagianismo contemporáneos), la reivindicación tanto de la persona como sujeto frente a las alienaciones colectivistas como de la comunión interpersonal en tanto que realidad nuclear derivada del Dios trinitario, la aportación del joven obispo polaco al Concilio Vaticano II y su inspirada presentación de la familia como principio anti-ideológico por excelencia. Y, ¿cómo no atender a su respuesta a la llamada de Dios manifestada en el seguimiento de Cristo como pastor?, ¿Quién se atreverá a poner entre paréntesis que fue una respuesta de amor? Es en realidad un eco del apunte de San Agustín, según el cual «es oficio del amor apacentar la grey del Señor»<sup>17</sup>.

17. S. AGUSTÍN, *Comentario al Evangelio de San Juan*, Tratado 123, 5.